

COLONIALISMO Y SANTIDAD EN LAS ISLAS MARIANAS: LOS SOLDADOS DE GE- DEÓN (1676-1690)¹

ALEXANDRE COELLO DE LA ROSA

Departament d'Humanitats, Universitat Pompeu Fabra

RESUMEN: *En este artículo analizo la conquista y conversión de las Marianas (1676-1690) como una realidad discursiva que transformó las islas en un teatro de violencia donde los chamorros fueron definidos como guerreros implacables (ethos guerrero), y los jesuitas, por el contrario, como víctimas de las traiciones y venganzas de sus «hijos» recién convertidos (ethos martirial). Los bagiógrafos jesuitas elevaron a sus mártires a la categoría de «héros» espirituales, transformando sus hazañas en un fuerte elemento de cohesión e identidad para los misioneros destinados en el archipiélago. Pero además los superiores escribieron informaciones o memoriales en los que alabaron el comportamiento de los «héros» militares de la colonización. Nos referimos a José de Quiroga y Losada, capitán y sargento mayor del presidio, y al «indio fiel» don Ignacio de Hineti, sargento de indios y «buen cristiano», cuyas expediciones militares se dirigieron a corregir la «anomalía» de la resistencia chamorra. Tras la Segunda Gran Guerra (1683-86), los jesuitas asumieron claramente el liderazgo político y religioso en las islas, convirtiéndose en los fundadores de un «estado misionero» en donde sus mártires actuaron como referentes morales de las tierras sometidas.*

PALABRAS CLAVE: Colonización. Marianas. Filipinas. Héros. Martirio. Jesuitas. Siglo XVII.

Alexandre Coello de la Rosa es Investigador Ramón y Cajal en el Departament d'Humanitats de la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona. Direcció para correspondencia: c/ Ramón Trias Fargas, 25-27, 08005, Barcelona. E- mail: alex.coello@upf.edu.

¹ Este trabajo forma parte de las investigaciones realizadas en el seno del «Grupo de Estudios Internacionales» (GEI), que dirige M.^a Dolores Elizalde Pérez-Grueso (CSIC), así como del grupo *Dinámicas Imperiales: Descolonización y Transiciones*, que dirige Josep M. Delgado (UPF-CSIC). Agradezco a Francesc Casanova, del Arxiu Històric de la Companyia de Jesús a Catalunya (AHCJC), por su amabilidad y exquisito trato en la localización de los documentos, así como a los lectores anónimos de *Hispania* por sus comentarios.

COLONIALISM AND SANCTITY IN THE MARIANA ISLANDS: THE SOLDIERS OF GIDEON (1676-1690)

ABSTRACT: *In this article I analyze the conquest and conversion of the Marianas (1676-1690) as a discursive reality that turned the islands in a violent theater wherein the chamorros were defined as ruthless warriors (warrior's ethos), and the Jesuits, on the contrary, as victims of the betrayals and retaliations of their newly converted «children» (martyr's ethos). The hagiographers elevated their Jesuit martyrs to the category of «moral heroes», turning their deeds into a strong element of cohesion and identity for the missionaries preaching in the archipelago. In addition, the superiors wrote informaciones or memorials in which they stood out the behaviour of the military «heroes» of the colonization. We refer to José de Quiroga y Losada, captain and major sergeant of the garrison, and to the «loyal Indian» don Ignacio de Hineti, Indian sergeant and a «good Christian», whose military expeditions were directed to deal with the «anomaly» of the chamorros' resistance. After the Second Great War (1683-86), the Jesuits clearly adopted the political and religious leadership in the islands, becoming the founders of a real «missionary state» wherein their martyrs acted as moral referents of the subjugated territories.*

KEY WORDS: Colonization. Marianas. Philippines. Heroes. Martyrdom. Jesuits. 17th Century.

1. INTRODUCCIÓN

El libro del jesuita Horacio de la Costa, *The Jesuits in the Philippines (1581-1768)*, publicado en 1961, continúa siendo la mejor referencia sobre las actividades de la Compañía de Jesús en las Filipinas. Lamentablemente, pocas son las referencias a las misiones de las islas Marianas. Como es sabido, correspondió a Diego Luis de San Vítors (1668) dirigir la primera expedición a las islas. Fueron años de violencia en los que muchos jesuitas encontraron la muerte a manos de los nativos chamorros. En poco tiempo las Marianas se convirtieron en un auténtico «seminario de mártires» donde los misioneros esperaban obtener reconocimiento de su labor apostólica a través del martirio².

En efecto, para la mayoría de historiadores de la Compañía de Jesús la conquista y conversión de aquellas islas fue resultado del fervor misionero y celo apostólico de los jesuitas³. Como Gedeón, su objetivo fue rescatar al pueblo elegido de la idolatría y destruir el altar de Baal. Pero los chamorros no querían

² COELLO DE LA ROSA, Alexandre, «Colonialismo y santidad en las islas Marianas: la sangre de los mártires (1668-1676)», *Hispania Sacra* (2010), en prensa.

³ He pedido prestado el término de la construcción simbólica de la frontera de GIUDICELLI, Christophe, «Pacificación y construcción discursiva de la frontera. El poder instituyente de la guerra en los confines del Imperio (siglos XVI-XVII)», en: LAVALLÉ, Bernard (ed.), *Máscaras, tretas y rodeos del discurso colonial en los Andes*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos y Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005, pág. 164.

ser redimidos y resistieron la «inculturación» jesuítica con violencia⁴. En opinión de Schumacher, los sacerdotes castrenses que los acompañaron, como Juan de Santa Cruz, no actuaron como militares, sino como fieles auxiliares que solicitaron alistarse bajo la bandera de Cristo y dedicarse en cuerpo y alma a las misiones⁵. Pero lo cierto es que esta realidad discursiva, que criminaliza la resistencia de los colonizados y exonera a los colonizadores, acabó transformando las Marianas en un teatro de violencia donde los chamorros fueron definidos como guerreros implacables (*ethos guerrero*), y los jesuitas, por el contrario, como víctimas de las traiciones y venganzas de sus «hijos» recién convertidos (*ethos martirial*). Sus hagiógrafos los elevaron a la categoría de «héroes morales», transformando sus hazañas en un fuerte elemento de cohesión e identidad para los misioneros destinados en el archipiélago.

Hubo otros «héroes», además de los mártires, que se convirtieron en referentes morales de la colonización. Nos referimos a los valerosos José de Quiroga y Losada, capitán y sargento mayor del presidio, así como al «indio fiel» don Ignacio de Hineti, sargento de indios y «buen cristiano», cuyas expediciones militares se dirigieron a corregir la «anomalía» de la resistencia chamorra⁶. Las autoridades coloniales exigieron su total sumisión apelando a la obediencia de Dios y a su Majestad. Las características geográficas de las Marianas ayudaron a reforzar la visión de los chamorros como «bárbaros, fieros y matadores de jesuitas» que transgreden límites sociales y morales. Esta «naturalización» constituyó la periferia «salvaje y feroz» (Giudicelli lo llama «tierra afuera») necesaria para establecer los dispositivos fronterizos⁷. El objetivo de este ensayo

⁴ El termino «inculturación» fue asumido por la 32ª Congregación General de la Compañía de Jesús (1974-75). Alude a la recíproca relación entre el cristianismo y las culturas implicadas a través de un intercambio humano, religioso y cultural (SIEVERNICH SJ, Michael, «Jesuit Theologies in Mission», *The Way*, 42, vol. 1 [2003], págs. 44-58).

⁵ SCHUMACHER SJ, John N., «Blessed Pedro Calungsod, Martyr: An Historian's Comments on the Mission in the Marianas», *Philippine Studies*, 49, vol. 4 (2001b), págs. 478-79. El jesuita Schumacher escribió que, además de soldado, don Juan de Santa Cruz Panday era sacerdote, ocupándose en bautizar y atender a los jesuitas en sus tareas religiosas. Defendía, no obstante, que las actividades de Santa Cruz eran exclusivamente misionales: «it was only out of necessity that he took military command in crises» (*Blessed Pedro Calungsod, Martyr: An Historian's Comments on His Philippine Background*, vol. 4 [2001a], pág. 321). Aunque esta combinación de sacerdote castrense ilustra perfectamente el contexto de dominación de las Marianas, lo cierto es que Santa Cruz era «maestro de hierro». Viajó a las Marianas acompañado de su mujer, la cual estaba destinada como maestra de las niñas, así como su hermana y su hijo de 16 meses (Real Academia de la Historia, Fondos Cortes 567, 9-2676/4, folio 2r.).

⁶ Si los discursos coloniales confieren una legitimidad al orden institucional, las anomalías se contemplan como antinomias que discrepan, cuestionan o alteran esa «normatividad» jurídica. Al respecto, véase HERING TORRES, Max, «Introducción», en: HERING TORRES, Max (ed.), *Cuerpos anómalos*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2008, págs. 16-17.

⁷ GIUDICELLI, «Pacificación y construcción discursiva de la frontera», págs. 164-165. Al respecto, véase también VITAR, Beatriz, *Guerra y misiones en la frontera chaqueña del Tucumán (1700-1767)*, Madrid, CSIC, 1997, pág. 60.

será demostrar que el temor a los ataques de los nativos y la voluntad de ampliar el perímetro misionero fueron dos elementos que coexistieron en el proyecto colonizador. Las incursiones militares no deben analizarse como estrategias defensivas frente a las agresiones de los chamorros, sino como actividades indispensables en la construcción y consolidación de un espacio colonial de frontera en las Marianas⁸. Tras la Segunda Gran Guerra (1683-1686), los jesuitas asumieron claramente el liderazgo político y religioso en las islas, convirtiéndose en los fundadores de un «estado misionero» en donde sus mártires actuaron como referentes morales de las tierras sometidas. O lo que es lo mismo, en un «cuerpo social ideal» en el que los chamorros, convenientemente reducidos en centros poblaciones, pasarían a ser súbditos del rey español.

2. LA PRIMERA REDUCCIÓN DE LOS CHAMORROS (1678-1682)

Para los militares y funcionarios reales de las Marianas, los chamorros, como «bárbaros traidores», constituían el opuesto negativo de la «civilización» española que se pretendía implantar en las islas. Como señala Giudicelli, la «chichimequización» (relativo a los chichimecas de la Nueva España) o la «auquizaición» (relativo al vocablo *auka*, que designaba a los indios del centro-sur de Chile que en el siglo XVI se opusieron a los españoles) de los espacios étnicos periféricos funciona como unos de los principales motores de la construcción simbólica de las tierras de frontera⁹. En 1678, el gobernador de Filipinas don Juan de Vargas Hurtado envió una guarnición de 30 hombres a las órdenes del nuevo gobernador de las Marianas, el madrileño don Juan Antonio de Salas (1678-1680), con el fin de reprimir los continuos ataques del «hechicero» Aguarin contra el presidio de Agaña. Para ello contaron con el apoyo de dos principales de Guam, don Antonio de Ayihi y don Alonso Soong, quienes, como «indios leales y muy cristianos», ayudaron a los españoles a castigar a los rebeldes¹⁰.

Ante esta situación, a principios de 1680 el gobierno interino de la Real Audiencia de Manila (1667-1678) autorizó una fuerte expedición punitiva. El superior Bartolomé Besco y los jesuitas —alemanes, italianos y españoles— recién llegados se unieron a ella con entusiasmo en unas intensas campañas de pacificación, conversión y exterminio que dieron lugar a nuevas entidades de

⁸ GIUDICELLI, «Pacificación y construcción discursiva de la frontera», pág. 169.

⁹ GIUDICELLI, «Pacificación y construcción discursiva de la frontera», págs. 157-176.

¹⁰ En 1679, los soldados del presidio pasaron de 18 a 40. En 1680 la cifra se acercó al centenar (ASTRAIN, Antonio, SJ, *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, Tomo VI, Madrid, Administración Razón y Fe, 1920, págs. 817 y 826; DE LA CORTE Y RUANO CALDERÓN, Felipe, *Memoria descriptiva e histórica de las islas Marianas*, Madrid, Imprenta Nacional, 1875, págs. 30-31). Véase también Arxiu Històric de la Companyia de Jesús a Catalunya (en adelante, AHCJC), «Relación y documentos referentes a las islas Marianas, 1668-1673». FILPAS, 52, folios 346r.-347r.

población y gobierno local en la isla de Guam¹¹. Todos acordaron que el uso de la fuerza era el único medio a través del cual podrían doblegar la resistencia de los grupos disidentes de su propia fe. Los jesuitas —diez sacerdotes, tres hermanos coadjutores y el donado Felipe Sonsón— pretendían su reducción y evangelización, mientras que las autoridades civiles promovieron el repartimiento de los cautivos de guerra entre soldados y particulares. Por entonces gobernaba las islas don José de Quiroga y Losada, natural de Galicia, quien el 5 de junio había sido nombrado interinamente como gobernador por el comandante del galeón de Manila, don Antonio Nieto, hasta que en 1681 se estableció un gobierno político militar dependiente de la Audiencia de Manila¹². Se trataba de un veterano de las campañas de Flandes, de familia ilustre y muy devota, emparentado con los arzobispos de Santiago y Ciudad de México, quien puso al servicio de la Compañía de Jesús su experiencia militar, permitiendo una mayor presencia de la acción misional. Desembarcó en las Marianas en 1679 junto con los padres Basilio de Roux (1643-1702) y Tomás Vallejo (1651-1683), y el hermano Baltasar du Bois (1654-1684). Sus relaciones con la Compañía de Jesús fueron excelentes¹³. El 11 de noviembre de 1680, un tifón destruyó la iglesia de Umatac. Pero Quiroga, como fiel servidor de la iglesia, la reconstruyó en Agat, dividiendo el pueblo de Umatac en dos barrios, asignando un capitán en cada uno de ellos con poder para actuar en nombre del gobernador¹⁴. Asimismo supo ganarse el favor de los nativos, los cuales persiguieron a los ejecutores de muchos jesuitas y españoles, así como al rebelde Aguarin, responsable de las últimas revueltas, a quien capturaron y ejecutaron en 1680 en la isla de Rota¹⁵.

El 8 de septiembre de 1681, el maestro de campo don Antonio de Saravia y Villar¹⁶, nombrado primer gobernador y capitán general (Real Cédula,

¹¹ En 1675, la reina Mariana de Austria había autorizado que un tercio de los jesuitas enviados a las Filipinas fueran extranjeros (DE LA COSTA SJ, Horacio, *The Jesuits in the Philippines: 1581-1768*, Cambridge, Harvard UP, 1961, pág. 439).

¹² ASTRAIN, *Historia*, tomo IV, pág. 826; DRIVER, Marjorie G., *Cross, Sword, and Silver. The Nascent Spanish Colony in the Mariana Islands* (Micronesian Area Research Center [MARC] Papers, n.º48), Mangilao, University of Guam, 1987, pág. 6; BRUNAL-PERRY, Omaira, «La legislación de Ultramar y la administración de las Marianas: transiciones y legados», en: ELIZALDE PÉREZ-GRUESO, María Dolores, FRADERA, Josep María y ALONSO, Luís (eds.), *Imperios y naciones en el Pacífico. Volumen II. Colonialismo e identidad nacional en Filipinas y Micronesia*, Madrid, CSIC, 2001, págs. 395-396.

¹³ DRIVER, *Cross, Sword, and Silver*, pág. 33; BOXER, C. R., «Two Jesuit letters on the Mariana Mission, written to the Duchess of Aveiro (1676 and 1689)», *Philippine Studies*, 26 (1978).

¹⁴ DRIVER, *Cross, Sword, and Silver*, págs. 19-20.

¹⁵ MURILLO VELARDE SJ, Pedro, *Historia de la provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús. Segunda parte que comprende los progresos de esta provincia desde el año de 1616 hasta el de 1716*, Manila, Imprenta de Nicolás de la Cruz Bagay, 1749, folio 341v.

¹⁶ El 13 de junio de 1681, el gobernador Saravia llegó a Guam desde Acapulco en el galeón *San Antonio*. Se trataba de un soldado experimentado que había servido durante 30 años en Sicilia.

13/11/1680), convocó una asamblea general que contó con la participación de las autoridades nativas o jefes (en las Filipinas se denominaban *datos*, o rajás) de los distintos grupos territoriales y familiares (en las Filipinas se denominaban *barangays*) de las islas¹⁷. Pretendía pacificar las islas y reorganizarlas de acuerdo a patrones de asentamiento estables, contando con la colaboración de los jesuitas (1681-83). Para ello instó a los sublevados a abandonar la violencia y a jurar lealtad al rey español. A partir de ese momento, el Virrey de México decretó la condición política y legal de los chamorros, convirtiéndose en súbditos del rey¹⁸.

A los pueblos «infieles» de la isla de Guam todavía no sometidos militarmente se les exigió vasallaje, o lo que es lo mismo, una prestación de trabajo y productos a través de los cuales reconocían el dominio español, mientras que a los ya cristianizados se les redujo a siete «pueblos» o «reducciones», a pesar de las lógicas resistencias a la transformación de sus modos de vida tradicionales¹⁹. La mayoría eran horticultores y la propiedad de la tierra era comunal. Su producción se orientaba al autoconsumo, pero los gobernadores, o «gobernadorcillos», los obligaron a aumentar sus rendimientos para hacer frente a los tributos. Al ser nombrados directamente por el rey y depender de las autoridades filipinas, poseían el control absoluto de la vida económica, política, civil y militar de las islas. En primer lugar, el «situado» o «socorro», que hasta entonces era controlado por los jesuitas, pasó directamente a manos del gobernador, quien se encargaba de distribuirlo entre los soldados, funcionarios civiles y religiosos²⁰. En segundo lugar, al exigir la renta anual en productos o trabajo, los gobernadores obtuvieron pingües beneficios vendiendo arroz, maíz, melones, cerdos o aves domésticas al patache o buque auxiliar de Manila²¹. El sistema implantado generó un tipo de sociedad militarizada caracterizada por la extorsión de los chamorros que habían sido bautizados. Los jesuitas, como el clero

A su llegada, el sargento mayor Quiroga partió hacia Manila para asuntos de negocios, dejando el cargo en manos de Saravia (AGI, Filipinas 13, folio 97, citado en DRIVER, *Cross, Sword and Silver*, pág. 20).

¹⁷ Domingo Abella señala que el *barangay* fue una institución filipina que se adaptó perfectamente a la realidad chamorra (*Vignettes of Philippines-Marianas colonial history*, Panphlet n.º 1, Manila, Philippines, 1962, pág. 2).

¹⁸ ZAMORA, Mario D., *Los indígenas de las islas Filipinas*, Madrid, Mapfre, 1992, pág. 285.

¹⁹ O'PHELAN, John Leddy, *The Hispanization of the Philippines. Spanish Atms and Filipino Responses, 1565-1700*, Madison, Milwaukee & London, University of Wisconsin Press, [1959] 1967, págs. 44-45; HEZEL SJ, Francis X., *From conquest to Colonization. Spain in the Marian Islands, 1690 to 1740*, Saipan, Marian Islands, Division of Historic Preservation, 1989, pág. 2. Los indios adultos ya cristianizados estaban exentos de pagar tributo por espacio de cuarenta años. Luego se exigía su pago a los comprendidos entre 20 y 50 años, aunque estuvieran casados (AHCJC, «Relación y documentos referentes a las islas Marianas, 1668-1673». FILPAS, 52, folio 349r.). Véase también AHCJC, «Relación de la misión de las Marianas desde el año de 1682 hasta el 24 de abril presente de 1684», FILPAS, n.º 52, folio 360r.).

²⁰ DRIVER, *Cross, Sword, and Silver*, pág. 8.

²¹ Durante el gobierno de Saravia, los chamorros fueron obligados a sembrar algodón para hilar y tejer como usaban los indios de la Nueva España (AHCJC, FILPAS, n.º 52, folio 357v.).

regular de Filipinas, exigieron *polos*, o prestaciones obligatorias de servicios personales durante un período de tiempo preestablecido que solía ser de cuarenta días anuales de trabajo gratuito para la Corona, similar a la *mita* minera peruana, lo que provocó reacciones violentas entre los nativos²². Bajo el control de las jefaturas —o cabecerías— de barangay los jesuitas se aprovecharon de esta mano de obra barata para construir y reformar casas, navíos, criar animales de corral o cultivar la tierra de los bienes de propios y comunes de los pueblos²³.

Para controlar estos espacios de frontera, el discurso colonial elaboró unos dispositivos de saber a través de los cuales los chamorros fueron empadronados, clasificados, registrados y evangelizados. Siguiendo el modelo impuesto en las islas Filipinas, se aplicaron nuevos patrones de asentamiento semi-urbano, obligándoles a vivir en provincias o partidos, gobernados por alcaldes mayores, integrados en nueve pequeños municipios, municipalidades o barrios, situados en el litoral costero. Cada pueblo, bajo la dirección política de un gobernadorcillo, agrupaba diversos barrios con sus respectivos «cabezas» —los antiguos «datos» prehispánicos— al frente, y tenía una iglesia con su santo patrón en la que los jesuitas fundaron cofradías y colegios para evangelizar a los indios del común²⁴. A juzgar por las diversas cartas y relaciones, escritas entre 1681 y 1682, los jesuitas trabajaron incansablemente con hombres y mujeres, niños y ancianos para pacificarlos, cristianizarlos y reformar sus costumbres «licenciosas»²⁵.

Los éxitos eran prometedores. Los jesuitas, animados por el éxito de sus empresas y el gobierno favorable del gobernador Saravia, promovieron la evangelización de las islas del norte. La política fronteriza de los colonizadores se basaba en establecimientos militares, o presidios, que protegieran a los misioneros al tiempo que permitieran el progresivo sometimiento de los chamorros a la «vida civilizada y cristiana». La empresa misionera, que se inició como una iniciativa religiosa, acabó fusionándose con los objetivos políticos y colonizadores de la Corona. Este solapamiento permitió a los jesuitas el control casi exclusivo de las dinámicas fronterizas de conquista y evangelización. Fue a principios

²² SÁNCHEZ-GÓMEZ, Luis Ángel, «Las elites nativas y la construcción colonial de Filipinas (1565-1789)», en: ELIZALDE, M^a Dolores (ed.), *Las relaciones entre España y Filipinas. Siglos XVI-XX*, Madrid-Barcelona, CSIC y Casa Asia, Sánchez Gómez, 2004, pág. 50.

²³ BRUNAL-PERRY, «La legislación de Ultramar», pág. 403; BRUNAL-PERRY, «Las islas Marianas enclave estratégico en el comercio entre México y Filipinas», en: CABRERO, Leoncio (ed.), *España y el Pacífico. Legazpi*, tomo I, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2004, pág. 554.

²⁴ Al respecto, véase DRIVER, *Cross, Sword and Silver*, pág. 23; ZAMORA, *Los indígenas de las islas Filipinas*, págs. 286-287; TUELLER, James B. «Los chamorros de Guam y la colonización española: una tercera etapa, 1698 a 1747», en: ELIZALDE, M^a D., FRADERA, J. M. y ALONSO, L. (eds.), *Imperios y naciones en el Pacífico. Volumen II*, pág. 387; HIDALGO NUCHERA, Patricio, *La Recta Administración: primeros tiempos de la colonización hispana en Filipinas*, Madrid, Polifemo, 2001, págs. 53-54.

²⁵ Nos referimos a la conocida costumbre entre los jóvenes chamorros, o *urritaos*, de tomar las mujeres a voluntad («Relación del estado y progresos de la misión de las islas Marianas, desde junio pasado de 1681 hasta el de 1682», AHCJC, FILPAS, n.º 52, folio 356v.).

de 1682 cuando un jesuita, acompañado de veinticuatro soldados y algunos indios, se embarcó hacia la isla de Saipán. Según parece, las epidemias habían hecho mella en la población chamorra. Como señala la *Relación de 1681-1682*,

«En esta visita se bautizó multitud de párvulos que habían nacido por espacio de siete años y algunos de ellos, tan sazonados para la gloria que después de bautizados se murieron casi en los brazos de sus padrinos, no aguardando Dios otra cosa que las sagradas aguas del bautismo para satisfacer la sed que tenía de sus almas. Muchos adultos y viejos se encontraron moribundos, y se dispusieron con los sacramentos dejando también con la vida esperanzas bien fundadas de su salvación eterna»²⁶

Los jesuitas tuvieron serios problemas en Saipán, donde los indios los recibieron con hostilidad. No es difícil imaginar que para ellos, los religiosos no venían «a comunicarles la mejor vida», sino la muerte, y que el bautismo, lejos de otorgarles una nueva identidad, los mataba. A su vuelta a Guam hicieron relación de lo sucedido y el gobernador Saravia prometió volver a la isla para tomar venganza de aquella gente «indómita y carnífera». Sus planes consistían en reducir las islas del norte a la cristiandad y liberarlas de aquella gente «bárbara e indeseable». Pero lamentaba la falta de medios a causa del incumplimiento por parte del gobernador de Filipinas de enviar un patache anual a las Marianas²⁷. En una carta que el padre Francisco Salgado (1629-1689)²⁸ escribió a la duquesa de Aveiro, con fecha en Taytay, 20 de junio de 1680, se quejaba de que el gobernador Vargas no hubiera enviado todavía ningún patache con el «socorro» prometido²⁹. Como señala Driver, entre 1676 y 1678 las autoridades metropolitanas habían ordenado a los gobernadores de las Filipinas enviar anualmente un patache con «socorro» desde Cavite a las Marianas a costa de la Real Hacienda. El primero salió en abril de 1681, pero no llegó a su destino a causa del mal tiempo³⁰. No había oro, ni plata ni otros metales preciosos e incluso los recursos más básicos debían importarse de las Filipinas. Esta dependencia económica, unida a la violencia de los nativos, generó gran inquietud entre los misioneros y redujo ostensiblemente los potenciales colonizadores de las islas³¹.

²⁶ AHCJC, FILPAS, n.º 52, folios 358v.-359r.

²⁷ AHCJC, FILPAS, n.º 52, folio 359v.

²⁸ El padre Salgado fue provincial de las Filipinas desde 1681 hasta 1687, en que entró el padre Luis Pimentel (MURILLO VELARDE, *Historia*, folio 420r.).

²⁹ BOXER, «Two Jesuit letters on the Mariana Mission», págs. 43-48.

³⁰ DRIVER, *Cross, Sword, and Silver*, pág. 22.

³¹ AHCJC, FILPAS, n.º 52, folios 386r.-388r.

3. LA SEGUNDA GRAN GUERRA CHAMORRA (1683-1686)

Finalmente, en abril de 1683, el Gobernador General don Juan de Vargas Hurtado (1678-1684) envió el patache *San Francisco Javier* al mando del capitán Pedro Gómez de Cueva con el que cubrieron las trescientas leguas que separaban las islas Filipinas de las Marianas. A bordo iban dos jesuitas, los padres Antonio Jaramillo (1648-1700) y Johannes Adam (o Juan de Adamo) (1646-¿?), y dos viejos conocidos: don Damián de la Esplana, un criollo peruano que había gobernado anteriormente desde junio de 1674 a 1676, y don José de Quiroga, sargento mayor de las islas. Llegaron a Umatac el 23 de agosto de 1683, pero el gobernador Saravia se hallaba en la isla de Rota (o Zarpana), donde había ido con toda la milicia a intentar la conquista de la isla de Saipán³². Su salud era precaria, y el 3 de noviembre, a los cuatro días de su regreso a Guam, falleció. Los jesuitas esperaban que su sucesor fuera el sargento Quiroga, con el que mantenían buenas relaciones, pero Esplana, adivinando las preferencias de los religiosos, mostró de inmediato sus acreditaciones de la Real Audiencia de Manila que lo designaban como gobernador y comandante en jefe de las islas Marianas (1684-1689)³³. Significativamente, el padre superior de la misión Manuel de Solórzano (1649-1684) escribía una carta al padre procurador José Vidal Figueroa, con fecha en Agaña, 7 de abril de 1684, en la que expresaba sin ambages que dicho nombramiento había sido «un castigo de Dios para los marianos»³⁴.

Tras la muerte del gobernador Saravia (3/11/1583), Esplana reanudó la conquista de las islas Tinian, Saipán y el resto de las islas del norte³⁵. Días antes le había encargado a su sucesor, don Damián de la Esplana, que se encargase de acometer dicha campaña militar, pero el gobernador no estaba muy convencido de ello. Los chamorros sediciosos se situaban en el ámbito de la bestialidad y la barbarie, pero además eran traidores que habían incurrido en el delito de lesa majestad. En las *Siete Partidas* de Alfonso X (1252-1284) este crimen se asociaba a quien atentaba contra la imagen o la vida de su rey, ya fuera asesinándolo, deponiéndolo o conspirando contra él. Dentro del orden político colonial, los herejes fueron también considerados criminales de lesa majestad³⁶. El alzamiento de aquellos que habían aceptado el vasallaje al Rey y luego se rebelaban contra el nuevo orden político fue concebido como un desafío a su

³² DRIVER, *Cross, Sword, and Silver*, pág. 25.

³³ «Relación de la dicha Misión de Marianas desde el año de 1682 hasta el 24 de abril presente de 1684» (AHCJC, FILPAS, 52, folios 361r.-362r.).

³⁴ DRIVER, *Cross, Sword, and Silver*, pág. 24; AHCJC, FILPAS, 52, folios 367r.-384v.

³⁵ DE LA CORTE Y RUANO, *Memoria descriptiva e histórica de las islas Marianas*, pág. 32; AHCJC, FILPAS, 52, folio 362v.

³⁶ QUARLERI, Lia, «La legitimación política de la violencia. La “guerra justa” contra la resistencia jesuítico-guaraní», *Anuario del Centro de Estudios Indígenas y Coloniales* (CEIC), 4 (2008), págs. 64-71.

autoridad real y a sus representantes en las Filipinas. Semejante deslealtad se castigaba no sólo con el uso justificado de la fuerza, sino que además permitía la legítima (jurídicamente hablando) ocupación del territorio, así como la ejecución de los líderes y seguidores sediciosos, la exterminación y/o esclavización de los cautivos.

Así pues, la guerra institucionalizada aparecía el resultado del establecimiento de los dispositivos fronterizos. Entre 1668-70 el padre Cardeñoso (1635-1715) se había encargado la evangelización de Tinian pero a los dos años el provincial San Vítores le ordenó regresar a la isla de Guam debido a los levantamientos nativos. Los chamorros estaban castigando duramente a los jesuitas, obligándoles a abandonar a sus feligreses. En verano de 1684, los jesuitas temían que los nativos de Tinian hubieran apostatado durante la ausencia del padre Cardeñoso. La tarea de devolverlos a la grey cristiana correspondió al teniente y sargento mayor don José de Quiroga, a quien el nuevo gobernador don Damián de la Esplana encargó la conquista de las islas del Norte. Según la *Relación de los sucesos de las misiones Marianas desde el 25 de abril de 1684 hasta primero de mayo de 1685*, escrita por el padre Luis de Morales entre 1689-1690³⁷, el sargento Quiroga salió de Agaña en marzo de 1684 a bordo de dos pataches junto al belga Pedro Coomans (más conocido como Comano) (1638-1685) y al padre Matías Cuculino (1641-1685) y setenta y seis soldados experimentados³⁸. Según las fuentes jesuitas, los nativos de Tinian se resistieron pero el valor del sargento mayor les hizo retroceder, claudicando ante las fuerzas enemigas. En Saipán los chamorros intentaron impedir el desembarco de los españoles con piedras y lanzas, pero el «valiente Quiroga»,

«(...) saltando en tierra con indecible valor, hizo cara a algunas tropas de enemigos, que le hacían grande resistencia, las cuales puestas en huída [en particular Radahao, líder de los rebeldes, que escapó a las islas del Norte], con muerte de algunos de ellos, se hizo dueño de toda la isla, que es bien grande, reduciendo a sus moradores a que levantasen iglesia, y casa para los padres, y juntamente habitación para el presidio de los soldados»³⁹.

Tenemos aquí un discurso salpicado de héroes arquetípicos —Santiago Matamoros— de un orden teleológico cristiano en lucha contra las fuerzas del mal —«gente belicosa e indómita»; «indios alzados o de guerra» o «caníbales y ca-

³⁷ ABELLA, *Vignettes of Philippines-Marianas*, págs. 41-42.

³⁸ Archivo Histórico de la Nación, Madrid (en adelante, AHN), «Relación de los sucesos de las misiones Marianas desde el 25 de abril de 1684 hasta primero de mayo de 1685». Sección Clero/Jesuitas. Legajo 93. Expediente 2, folio 2r. (hay traducción inglesa en ABELLA, *Vignettes of Philippines-Marianas*, págs. 1-50).

³⁹ AHN, Sección Clero/Jesuitas. Legajo 93, Expediente 2, folio 2r. Véase también IBÁÑEZ Y GARCÍA, Luis, *Historia de las Islas Marianas con su derrotero, y de las Carolinas y Palaos, desde el descubrimiento por Magallanes en el año 1521, hasta nuestros días*, Granada, Imprenta de Paulino V. Sabatel, 1886, pág. 59.

zadores de esclavos»—. Los chamorros ocupaban un espacio fronterizo desde el cual amenazaban el establecimiento de un orden o centro —Giudicelli lo llama «tierra adentro»— colonial⁴⁰. Por esta razón los jesuitas presionaron a las autoridades militares para llevar a cabo su conquista espiritual. Concluida la empresa, el sargento mayor decidió establecerse en Saipán, construyendo una iglesia y casa para los padres jesuitas, así como una fortificación defensiva. Acto seguido envió a veinticinco soldados a conquistar las islas del norte (conocidas como Gani), acompañados del padre Comano, para que los atendiera en sus necesidades espirituales⁴¹.

Mientras tanto, en la costa sudeste de la isla de Guam había estallado una rebelión donde los nativos, dirigidos por un indio principal del pueblo de Apurguan (o Apurgan), llamado Antonio de Yeera (o Yura), iniciaron una sublevación general contra los españoles, los jesuitas y sus templos sagrados. Para ello acordaron una alianza con los pueblos de Ritiyan (o Ritidián) y Pago, situados al sur de Agaña, y decidieron levantarse aprovechando que la mitad de los soldados se hallaban en la conquista de la isla de Saipán. Fue un 23 de julio de 1684 cuando Antonio Yura, después de misa, se reunió con cincuenta o sesenta hombres armados⁴² quienes, situados en lugares estratégicos, se dispusieron a matar a los españoles. Se dividieron en dos grupos: el primero se dirigió a la casa del gobernador Damián Esplana con el fin de matarlo, así como a su criado y al centinela. Lo sorprendieron en la plaza, desarmado, y le causaron numerosas heridas. Afortunadamente fueron descubiertos por un ayudante español y un soldado filipino, quienes acabaron con la vida del líder nativo Yura⁴³. Acto seguido, el gobernador, malherido, se encerró en el presidio *Santa Guadalupe* con 59 soldados, sin atajar la revuelta que estaba a punto de estallar⁴⁴. En represalia, el resto se dirigió a la casa de los padres jesuitas. Allí encontraron al padre Manuel de Solórzano, que había sido vice-provincial de las Marianas, a quien dieron muerte a puñaladas junto al hermano flamenco Baltasar du Bois⁴⁵. Hirieron al nuevo vice-provincial Gerardo Bowens y al padre Diego de Zarzosa, junto con los hermanos Pedro Pavón (1655-86) y Felipe Sonsón, donado de unos ochenta años, que murió en 1686 con fama de santidad. Algunos indios leales, como el sargento don Ignacio de Hineti (o Hinesi), les recriminaron su actitud, evitando que prendieran fuego a la casa e iglesia y

⁴⁰ GIUDICELLI, «Pacificación y construcción discursiva de la frontera», pág. 164.

⁴¹ AHN, Sección Clero/Jesuitas. Legajo 93, Expediente 2, folio 2r.

⁴² La carta que el viceprovincial Gerardo Bowens escribió al rey, con fecha 15 de mayo de 1685, señala que fueron 40 los soldados que acompañaban al gobernador Esplana (AHCJC, FILPAS, 52, folio 371r.).

⁴³ IBÁÑEZ Y GARCÍA, *Historia de las Islas Marianas*, pág. 60.

⁴⁴ En la carta que el padre Bowens escribió al rey, con fecha 15 de mayo de 1685, criticó con dureza la inacción del gobernador Esplana, acusándolo de ineptitud por no haber sofocado la rebelión (AHCJC, FILPAS, 52, folio 372r. Véase también ASTRAIN, *Historia*, tomo VI, pág. 828). En realidad, sus relaciones nunca fueron buenas. Al respecto, véase DRIVER, *Cross, Sword, and Silver*, págs. 14-17.

⁴⁵ MURILLO VELARDE, *Historia*, folios 364v.-365r.

que profanaran las imágenes y objetos sagrados⁴⁶. Estos episodios sangrientos inauguraron el discurso heroico de los mártires jesuitas que murieron en defensa de las misiones marianas. Un discurso que aparece como nexo de unión entre gobernadores, militares, religiosos e indios fieles; una guía de pasión, muerte y violencia que reúne a sus protagonistas en una especie de comunión mística con un objetivo común: restablecer la iglesia de Cristo en una tierra asolada por la destrucción, los saqueos y la muerte.

El gobernador, malherido, recibió la extremaunción del padre Diego de Zarzosa, quien acudió a la llamada del criado de aquél para que le atendiera en sus últimas voluntades. Mientras tanto, los sublevados recorrían las dependencias de los españoles para comprobar si habían llegado más refuerzos. Resueltos a acabar con los invasores, se dirigieron a la iglesia donde el padre Agustín (o Antón) Kersehbauer (más conocido como Antonio Cerezo)⁴⁷ se encontraba oficiando una misa. Su objetivo era acabar con la vida del sacerdote y perpetrar una destrucción simbólica de las imágenes *verdaderas* y los objetos de culto, lo que revela el resentimiento generado por las imposiciones coactivas de los misioneros con respecto a las entidades sagradas. Primero entraron cuatro soldados, y tras ellos, violentamente y con gran escándalo entró una multitud de indios en el preciso momento en que uno de los soldados se hallaba comulgando. Durante la celebración litúrgica, la hostia se había transformado, gracias al milagro de la transubstanciación, en el cuerpo de Cristo. Según la *Relación*, al contemplar la hostia consagrada, durante unos instantes permanecieron estáticos, como paralizados por el temor de la «presencia real» de Cristo en la eucaristía. Como apunta Valenzuela, «signo y significado tendieron a confundirse, haciendo que la imagen se fundiera con su referente divino y terminara siendo percibida —y vivida— como una verdadera “presencia” divina»⁴⁸. Una lección moral que corroboraba el impacto psicológico de las imágenes como soporte complementario del sermón⁴⁹. Al cabo de un rato, huyeron atemorizados sin herir a nadie, lo que fue tenido por milagro.

⁴⁶ AHN, Sección Clero/Jesuitas. Legajo 93, Expediente 2, folio 2v.; IBÁÑEZ Y GARCÍA, *Historia de las Islas Marianas*, pág. 60; Carta del padre Bowens al rey, con fecha 15/05/1685 (AHCJC, FILPAS, 52, folios 372v.-373r).

⁴⁷ El padre Antonio Cerezo nació el 3 de marzo de 1643. Entró en la Compañía de Jesús el 20 de septiembre de 1661. Era graduado y profeso de cuatro votos (15/8/1679) (ARSI, «Primus Catalogus Anni Personarum Anni 1684». *Philippinae Cat. Trien. 1649-1696*, Tomo 2-II, folio 423v.). En 1688 fue destinado a Manila (Carta del provincial Joseph Sánchez al padre procurador Antonio Jaramillo, con fecha en Manila, 29 de abril de 1690 [Real Academia de la Historia, Fondo Cortes, 567, Legajo 9/2669/20, folio 1v.]).

⁴⁸ VALENZUELA MÁRQUEZ, Jaime, «El culto a las imágenes en la cristianización del Perú: herencia, ambigüedades y resignificaciones», *Rivista di Storia del Cristianesimo*, 4, vol. 2 (2007), pág. 470.

⁴⁹ Un ejemplo claro de este «milagro» es la fiesta del Corpus Christi, establecida por el papa Urbano VI en 1246. El punto central de esta celebración litúrgica es la hostia, que al transformarse durante la misa en el «cuerpo de Cristo», es llevada en procesión por un cortejo que refleja el «cuerpo social» de la comunidad, con sus jerarquías, subordinaciones y privilegios.

Tras estos hechos, el sacerdote jesuita, abandonado de todos, contempló la aparición de un antiguo conocido. Se trataba de don Ignacio de Hineti, natural de las islas Marianas, a quien el gobernador don Antonio de Saravia había nombrado sargento mayor de indios como pago a sus servicios. Y no llegó solo, sino acompañado de una milicia «étnica» compuesta de cincuenta hombres armados con lanzas para socorrerlos⁵⁰. Así, hincándose de rodillas, se dirigió al padre con estas palabras: «No salgas padre mío, porque te matarán, estate dentro que nosotros te defenderemos»⁵¹.

Mientras el padre se quedó en la iglesia atendiendo a un herido, el sargento Hineti se dirigió al presidio. En un primer momento pensaron que se trataba de un apóstata traidor que había decidido secundar a los sublevados. Sin embargo, se mostró como un «excelente cristiano» que venía a socorrerlos y a ofrecerles su ayuda y amistad. Así, con su espada en cinta, exhortó a los españoles con un discurso que no dejaba dudas sobre su fidelidad:

«Aquí estoy para guardar de incendios, de enemigos de Dios a su casa y la de sus ministros hasta dar la vida por esto, y por todos los que estáis en esta fortaleza, y así te pido gobernador que me des licencia para ir ahora con los míos a hacer con aquellos cuarenta traidores, quemándoles el pueblo, y ensangrentando nuestras armas en ellos, y así como ellos inhumanamente ensangrentaron las tuyas en vuestras personas matando a los que son padres de sus almas»⁵²

La figura del «indio leal» que se mantuvo constante y fiel y auxilió a sus amigos españoles frente a las acciones de los «indios infieles y desleales» sirve para premiar a unos y denunciar y condenar a los otros. La religión aparece así como signo de diferenciación y nexo de unión entre ambos pueblos. Una alianza incorruptible que confirma el papel de los jesuitas como mediadores culturales, capaces de educar una élite nativa, pero también como agentes políticos en un espacio de frontera del imperio español. De manera simbólica, los españoles abandonaron el fuerte y se dirigieron a la iglesia, donde los «indios fieles» recogieron las imágenes profanadas de San Miguel y el Ángel de la Guarda, ornamentos y alhajas destinados al culto para salvaguardas del incendio en la fortaleza-presidio. Pero su lealtad quedó confirmada cuando tres mozos que habían estudiado en el Colegio de niños de San Juan de Letrán se pusieron a la cabeza de un pequeño destacamento en busca de los indios sublevados. Se dirigieron a sus casas, y allí se enfrentaron a los rebeldes, castigándolos por su traición.

⁵⁰ AHN, Sección Clero/Jesuitas. Legajo 93, Expediente 2, folio 3r. Vitar ha señalado que para completar la guarnición de los presidios de frontera del Chaco, las autoridades militares también reclutaron milicias «étnicas» de mestizos, indios o mulatos en prevención de posibles levantamientos (*Guerra y misiones en la frontera chaqueña*, pág. 105).

⁵¹ Carta del padre Bowens al rey Carlos II, con fecha 15/05/1685 (AHCJC, FILPAS, 52, folio 373v.).

⁵² Carta del padre Bowens al rey Carlos II, con fecha 15/05/1685 (AHCJC, FILPAS, 52, folios 374v.-375v.).

Un enorme desgaste aconteció después de aquellos días, pero lo peor estaba por venir. Retirados al pueblo de Apurguan, los nativos enviaron mensajeros a los pueblos de la isla para organizar una sublevación general. Los soldados y religiosos se retiraron al fuerte para preparar la defensa. Un *chamorris* o indio principal, «gran mentiroso», engañó a los habitantes del pueblo de Ritidian diciéndoles que como el gobernador de la isla, los padres y soldados españoles estaban todos muertos, podían acabar sin problemas con la vida del padre austriaco Theophilus de Angelis (conocido como Teófilo de Ángeles) (1651-1684), que se ocupaba de su evangelización, y a don Antonio Ayihi, su protector⁵³. Algunos se resistieron, y pensaron enviarlo de vuelta a la isla de Saipán para que avisase al sargento mayor, don José de Quiroga, de la traición. Nada de eso ocurrió. Como jefe y autoridad, el *chamorris* ordenó a dos indios que ejecutaran al jesuita, y por la mañana, antes de embarcarse, murió en martirio con un Cristo en las manos. Acto seguido, su cuerpo fue desnudado, y como muchos otros de sus cofrades, devuelto al mar. Posteriormente, envió mensajeros a la isla de la Saipán donde estaban los padres Agustín de Strobach (1646-1684), natural de Moravia, y Karl von Boranga (1640-1684), natural de Viena (conocidos respectivamente por los nombres españoles de Carlos Javier Calvanese y Carlos Boranga o Juan Bautista Pérez de Calatayud) ordenando a sus hombres que les dieran muerte⁵⁴.

Afortunadamente, los jesuitas habían sido avisados por el padre Gerardo Bowens (o Vovens), vice-provincial de la misión, a quien el sargento Mayor, don Ignacio de Hineti, envió el 25 de julio para comunicarles que sus vidas corrían peligro. No le faltaba razón. Los jesuitas se encontraban en el ojo del huracán. Los rebeldes controlaban los mares y la situación exigía prudencia. Por esta razón, uno de ellos, el padre Boranga, decidió quedarse con sus feligreses, mientras el padre Strobach se embarcó hacia Saipán. Poco antes de amanecer llegó al puerto de Agaña y descubrió que los indios habían saqueado e incendiado el colegio de niños y la casa donde vivían los padres jesuitas⁵⁵. Pensando que los nativos se habían sublevado contra los españoles, decidió regresar a la isla de Zarpana (o Rota). Las iniciativas militares partían del sargento Hineti, mientras el gobernador Esplana, a juicio del vice-provincial Bo-

⁵³ Carta del padre Bowens al rey Carlos II, con fecha 15/05/1685 (AHCJC, FILPAS, 52, folio 377v). Véase también IBÁÑEZ Y GARCÍA, *Historia de las Islas Marianas*, 1886, pág. 61.

⁵⁴ MURILLO VELARDE, *Historia*, folios 361v.-365r.; ASTRAIN, *Historia*, tomo VI, pág. 828; DE LA COSTA, *The Jesuits in the Philippines*, pág. 440. En 1673 se concedió permiso para la salida a las misiones de ultramar a un total de 1.800 miembros de las provincias alemanas. Casi la quinta parte de los jesuitas procedentes de Bohemia eran enviados a la Nueva España, desde donde podían saltar a las Filipinas (KOHUT, Karl y TORALES PACHECO, María Cristina (eds.), *Desde los confines de los imperios ibéricos. Los jesuitas de habla alemana en las misiones americanas*, Madrid y Frankfurt, Iberoamericana y Vervuert, 2007, pág. 180).

⁵⁵ Carta del padre Bowens al rey Carlos II, con fecha 15/05/1685 (AHCJC, FILPAS, 52, folio 378v.).

wens, permanecía inactivo. En efecto, un día antes Hineti había enviado una carta al gobernador don José de Quiroga para que abandonara la conquista de las islas del Norte y enviara tropas de socorro a la isla de Guam. Pero el portador de la carta nunca llegó a su destino. Cuando Strobach arribó a Rota, después de esquivar las embarcaciones comandadas por los rebeldes de Apurguan, encontró allí al mensajero enviado por Hineti. Se trataba del fiscal del pueblo de Asán, quien, temeroso de su vida, había decidido dar marcha atrás y regresar a Guam, dejando sin auxilio a las islas⁵⁶.

Mientras tanto, el 27 de julio, en Guam, los nativos cargaron de nuevo contra los españoles, saqueando la casa e iglesia de los religiosos. La narración describe la heroicidad del sargento mayor Hineti, quien lideró la resistencia junto con un puñado de «indios fieles» del partido de Aniguag. Desde el mar, los rebeldes alentaron a los pueblos del litoral a levantarse contra los españoles. Y así fue. Desde el presidio, Hineti y sus hombres resistieron heroicamente las lanzas y flechas que llovían del cielo, «teniendo todos por cosa maravillosa el que no quedasen muchos de ellos heridos y muertos». No había duda de que la intercesión del arcángel San Miguel y de los santos (Santa Rosa, Santo Domingo, San Ignacio de Loyola) y mártires, cuyas imágenes protegían los baluartes de la fortaleza, ofrecía alguna protección a sus defensores⁵⁷. Pero la moral era muy baja. Corría el rumor de que los españoles de Saipán habían caído víctimas de una conjuración y que todos habían muerto, lo que se explicaba por la tardanza de los refuerzos del gobernador Quiroga. Para fortalecer los ánimos de los soldados, los jesuitas, inflamados de ira, tomaron las armas y evocaron el nombre de Hernán Cortés, conquistador de Tenochtitlán, cuyo ejemplo esperaban seguir en la batalla⁵⁸. Los nativos, cansados y abrumados por la dimensión que había adquirido el levantamiento, esperaban con impaciencia su oportunidad para dar el asalto final, calibrando las debilitadas fuerzas de los españoles y exigiendo la cabeza del gobernador. Habían vertido la sangre de los mártires y ya no había marcha atrás⁵⁹.

Una mañana, un grupo de mujeres con cestos de fruta fresca se acercó a la muralla con la intención de obsequiar a los soldados filipinos, muchos de los

⁵⁶ AHN, Sección Clero/Jesuitas. Legajo 93, Expediente 2, folios 4r.-4v. La *Relación* no explica las causas de su regreso. Sugiere que sus dos acompañantes, coaligados con los traidores, podrían haberlo obligado a volver, aunque más adelante anota que «la gente del sargento mayor no entendía de la marinería, por ser gente criada en el monte, no acostumbrada a navegar» (AHN, Sección Clero/Jesuitas. Legajo 93, Expediente 2, folio 5v.).

⁵⁷ AHN, Sección Clero/Jesuitas. Legajo 93, Expediente 2, folio 5r.; IBÁÑEZ Y GARCÍA, *Historia de las Islas Marianas*, pág. 61.

⁵⁸ Se trataba de los padres jesuitas Tomás Cardenoso, Basilio Leroulx (conocido como Basilio Roulso), Lorenzo Bustillo (1642-1716), Johannes Tilpe (conocido como Juan Tilpe) y Juan de Ahumada. En 1962, Domingo Abella estableció por primera vez esta comparación entre Quiroga y Cortés (*Vignettes of Philippines-Marianas*, pág. 27-32).

⁵⁹ AHN, Sección Clero/Jesuitas. Legajo 93, Expediente 2, folio 5v.

cuales se habían casado con sus hijas. Según parece, pretendían convencerlos para que abandonaran sus posiciones, y durante la noche, permitieran el acceso de los rebeldes a las posiciones españolas. Este ardid hubiera funcionado a no ser por la lealtad del ayudante don Francisco Masongsong, natural de las Visayas, quien, engañando a su suegra, aceptó su proposición al mismo tiempo que ponía sobre aviso al gobernador. Su reacción no se hizo esperar, y así, ordenó doblar las defensas, situando a los españoles en lugares estratégicos, lo que obligó a los alzados a abortar el plan previsto⁶⁰. La revuelta, sin embargo, continuaba, recordando a los españoles la necesidad de avisar al sargento Quiroga. Ese mismo día, a las dos de la tarde, avistaron diversas embarcaciones que venían del norte. No pocos pensaron que se trataba de los refuerzos enviados por el gobernador, pero quedaron desconsolados cuando vieron que sus proas se dirigían hacia los pueblos del litoral. Para avisarlos del peligro, el sargento Hineti ordenó a dos indios que fueran al pueblo de Asán para contactar con los recién llegados. Allí descubrieron que de los 25 soldados que habían zarpado a las islas del norte, la mayoría habían sufrido la violencia de los temporales y no habían podido llegar a su destino. Unos cuantos, comandados por el sargento Quiroga, consiguieron llegar hasta Tinian, donde fueron recibidos por indios rebeldes, quienes, traicionándolos, diezmaron las fuerzas de los invasores. Los supervivientes huyeron y alcanzaron la isla de Saipán, donde fueron atacados por los nativos. El padre flamenco Pedro Comano consiguió escapar, desembarcando en la isla de Alamagan (bautizada como La Concepción), protegido por un indio principal. Otros tres soldados huyeron a nado, siendo favorecidos por los habitantes de las islas del Norte. Finalmente, otros tres fueron auxiliados por un indio cristiano de Guam. Todos ellos informaron que el gobernador Quiroga se hallaba en la isla de Saipán, junto con treinta y seis hombres, sin saber lo que estaba pasando en Guam. Y todavía peor, sin sospechar que desde las islas de Tinian, Saipán y la pequeña de Agiguan (bautizada como San Ángel y ahora como Aguijan), al sudoeste, se preparaba un levantamiento armado para expulsar a los españoles de las islas⁶¹.

Como no tenían ninguna embarcación, el sargento Quiroga permanecía sin aviso en Saipán, ajeno a lo que estaba sucediendo. En esta tesitura, un indio de la isla de Zarpana (o Rota) llegó para informar que el padre Agustín Strobach se había embarcado con dirección a Tinián y Saipán para informar del levantamiento armado en la isla de Guguan (bautizada como San Felipe). Los problemas parecían haberse solucionado. Pero nada más lejos de la realidad. Al llegar a la isla, los nativos lo mataron, y luego, se dirigieron a la Zarpana para acabar con la vida del padre Boranga, que permanecía en su puesto, reproduciendo así el carácter heroico del mártir que no huye de sus perseguidores y

⁶⁰ AHN, Sección Clero/Jesuitas. Legajo 93, Expediente 2, folios 6r.-6v.

⁶¹ AHN, Sección Clero/Jesuitas. Legajo 93, Expediente 2, folio 7r.

acepta con gusto su destino⁶². Así pues, tras acabar con los jesuitas y soldados españoles en las islas del Norte y en Tinian, los rebeldes de Guam, Saipán y Agiguan se trasladaron a la isla de Saipán para acabar con el sargento Quiroga y sus compañeros. Sucedió un domingo, 6 de agosto de 1684, cuando armados con alfanjes y lanzas, simularon que venían a trabajar en las sementeras del presidio. Al sargento mayor Joseph de Quiroga y al padre Matías Cuculino les pareció sospechoso que quisieran trabajar un día festivo, y apercibiéndose que la mayoría venían armados, decidieron no abrir las puertas y negarles así la entrada. Al ver frustrado su plan, los nativos se retiraron, lo que aprovechó el sargento para enviar una patrulla al pueblo de Tumón donde se hallaban tres soldados que no tenían noticia del levantamiento. De camino descubrieron que dos de ellos habían muerto, y que nada se sabía del tercero. Toda la isla estaba en armas y esperando refuerzos de las demás islas para expulsar a los invasores.

Llegados a este punto, la *Relación* hace una pequeña semblanza del sargento Quiroga, destacando su humildad, valor y capacidad de liderazgo. Lo presenta como un hombre de noble familia, buen cristiano y de excelentes cualidades, «de lo más ilustre de aquel Reino (de Galicia), emparentado con lo mejor de España, sobrino del eminentísimo señor cardenal don Gaspar de Quiroga, arzobispo que fue de Toledo, primo segundo de los ilustrísimos señores de Santiago y México, que por entonces gobernaban aquellas dos ilustres catedrales; sirvió en Flandes con puesto de alférez de infantería española, con acreditado valor, y teniendo fundadas esperanzas de subir a puestos muy superiores, se concluyeron las paces entre España y Francia, por lo cual fue forzoso volverse a su Patria»⁶³. Pasó después por Salamanca, donde conoció al obispo doctor don Francisco Seijas y Aguiar, futuro arzobispo de México. Allí, desengañado del mundo, contactó con el misionero Tirso González, futuro General de la Compañía, quien le consoló de sus congojas y le convenció para que fuera a servir a las islas Marianas. Llegó en 1679 y al año siguiente fue nombrado cabo del presidio de Saipán. Destacó como militar en la conquista de las islas de Saipán y Guam, y como pago por sus servicios, el gobernador y capitán general de las islas, don Antonio de Saravia, le nombró sargento mayor y lo envió a Saipán a sofocar la rebelión.

Nuevamente, la heroicidad de los españoles se explica a partir de su fe y convencimiento en la victoria final. Se trata de «guerras desiguales», pequeñas escaramuzas (18 españoles contra 800 «bárbaros gigantes») de las que salen ganadores a causa de su fe (invocan a Jesús y María), sus armas (espadas contra piedras, arcabuces y mosquetes contra lanzas y hondas) y preparación militar («se retiran poco a poco, con gran arte y disciplina militar»)⁶⁴. Entraron final-

⁶² AHN, Sección Clero/Jesuitas. Legajo 93, Expediente 2, folio 7v.

⁶³ AHN, Sección Clero/Jesuitas. Legajo 93, Expediente 2, folio 8r.

⁶⁴ Un antiguo mito de los chamorros narra que durante siglos Guam estuvo habitado por gigantes que vivían en la playa de Apurguan. Eran tan grandes y fuertes que podían incluso desplazarse de isla en isla de un solo salto. Se dice que sus huellas se encuentran grabadas en piedra en la actual Childs Point (Punta Patgon) (THOMPSON, Laura, «The Native Culture of the Marianas

mente en el Real, donde juntos respondieron al enemigo con arengas y fuego cruzado. Ciertamente no era lo que estaban esperando. Corrían rumores de que los soldados de Tinian y Guam habían muerto. Las fuerzas escaseaban y los heridos y enfermos iban en aumento. Para colmo de males, la isla se encontraba fuera de la ruta del galeón, lo que hacía casi imposible la llegada de más refuerzos. La pólvora y las municiones escaseaban, lo que presagiaba un desenlace fatal. Pero ello no fue obstáculo para que el sargento Quiroga, acompañado unas veces de 40, otras de 14 ó 18 hombres, encabezara tres entradas por la banda de Oriente (o Catan) y de Poniente (o Ruchan), asaltando pueblos, quemando sementeras y castigando a los rebeldes⁶⁵. Su inferioridad numérica era más que evidente, pero la Providencia Divina se convirtió en una poderosa aliada. En un tono periodístico el autor de la *Relación* describe lo siguiente,

«Una vez, entre otras, se vieron rodeados de gran multitud de bárbaros, a distancia no más de veinte pasos, los cuales llovían lanzas, y piedras sobre nuestros soldados: y afirman el Sargento Mayor y sus compañeros que clara y distintamente vieron quebrarse en el aire las lanzas de hueso, que caían a sus pies sin hacerles daño; y no fue menor maravilla que ninguno de los nuestros saliese herido en todas estas refriegas»⁶⁶

Este fragmento señala uno de los elementos importantes del arte de narrar (*ars narrandi*): la amplificación. Al identificar los principales atributos y cualidades que caracterizan al «héroe guerrero» (orgullo, gallardía y coraje), lo primero que llama la atención es que Quiroga es un caballero guiado por la mano de Dios. Un hábil argumento que justificaba el papel de líder autoritario e inflexible que ejercía Quiroga en el campo de batalla. En la isla de Saipán castigó a un español «muy vicioso y escandaloso» con la pena capital, lo que causó asombro entre los presentes por la necesidad que había de soldados. Su comportamiento había ofendido a Dios, y Quiroga, actuando como su brazo ejecutor, lo mando arcabucear⁶⁷. Fue una forma de imponer su autoridad sobre la milicia y evitar disensiones internas. Las últimas victorias les habían proporcionado ánimos con los que esperaban resistir y esperar nuevos refuerzos. Su estrategia consistía en asaltar los pueblos y capturar a los nativos principales con los que obligarles a forzar una tregua. Una noche, el sargento mayor salió a un pueblo que se hallaba a dos leguas de distancia del Real. Le acompañaba una

Islands», Benice P. Bishop Museum, Bulletin 185, Honolulu, Hawaii & New York, Kraus Reprint Co. [1945] 1971, págs. 17-18).

⁶⁵ AHN, Sección Clero/Jesuitas. Legajo 93, Expediente 2, folio 9r.; IBÁÑEZ y GARCÍA, *Historia de las Islas Marianas*, p. 62; AHCJC, FILPAS, 52, folio 380r.

⁶⁶ AHN, Sección Clero/Jesuitas. Legajo 93, Expediente 2, folio 9v.; AHCJC, FILPAS, 52, folio 380r.

⁶⁷ AHN, Sección Clero/Jesuitas. Legajo 93, Expediente 2, folios 9v.-10r.; AHCJC, FILPAS, 52, folio 380v.

india que se ofreció como guía y varios soldados. Asustada, empezó a gritar, a lo que los españoles respondieron acabando con las vidas de doscientos hombres y mujeres que aún dormían. No obstante, perdonó a muchos, con lo que la crueldad de la masacre se tornó en benignidad, al tiempo que resaltaba su habilidad para capturar al indio principal y a cinco de sus parientes. Acto seguido escribió una carta al gobernador para pedirle socorro y se la entregó al indio principal que tenía preso, amenazándolo con matar a los cinco rehenes si se perdía o si no obtenía ninguna respuesta del gobernador. El indio cumplió su cometido. Partió de noche a la isla de Guam donde vivía un indio cristiano afecto a los misioneros. Le entregó la carta y este salió a su vez hacia la fortaleza dando voces, invocando el Santísimo Sacramento como un santo y seña. Satisfecho con la labor del sargento mayor Quiroga y de sus hombres, le escribió ordenándole que se viniese con toda su gente a la isla de Guam para ayudarle a castigar a los rebeldes y castigarlos.

Recibida la orden, Quiroga dispuso ocho embarcaciones en las que repartió a 35 hombres. Navegaron en medio de fuertes oleajes y perdieron tres canoas en las que iban 15 soldados. Extenuados por el esfuerzo, el 23 de noviembre de 1684, a las tres de la mañana, llegaron 20 soldados y un sacerdote al puerto de Agaña. Se cumplían cuatro meses desde el levantamiento general de las islas⁶⁸. Al desembarcar les informaron que sus compañeros no habían perecido, sino que habían conseguido alcanzar la isla de Tinian, donde los nativos, temerosos de la llegada del galeón de Manila con nuevos refuerzos, los agasajaron con la esperanza del perdón. En cambio, la expedición del capitán Joseph Tapia que regresaba de las islas del Norte tuvo mucha menos suerte. A su vuelta a Saipán, los nativos levantaron los remos en señal de sublevación, y acto seguido volcaron las naves que los trasladaban a la costa. Diecinueve de los veinticinco soldados murieron en la refriega. El padre Comano, junto con tres soldados, consiguieron llegar a la isla de Alamagán, donde los protegió un indio principal. De allí pasó a Saipán, donde los nativos rebeldes lo capturaron y martirizaron cruelmente en julio de 1685⁶⁹.

A partir de entonces, los españoles consiguieron doblegar definitivamente la resistencia nativa, ocupando sus pueblos, casas y sementeras de arroz y raíces. La llegada del sargento mayor, don Joseph de Quiroga, había aterrorizado a los nativos de Guam, muchos de los cuales huyeron a las islas circunvecinas. Como señala Giudicelli (2005), la necesidad de un centro político (o «tierra adentro») debía fijarse de nuevo, dando lugar a nuevos espacios fronterizos. Fue este «Santiago Mataindios» quien protagonizó nuevas entradas de castigo con el objeto de acorralarlos en su territorio, quemando los pueblos litorales y «causando tanto horror, que todos los han desamparado», y reduciendo a todos los rebeldes «sin

⁶⁸ AHN, Sección Clero/Jesuitas. Legajo 93, Expediente 2, folio 11r.; IBÁÑEZ Y GARCÍA, *Historia de las Islas Marianas*, pág. 62; AHCJC, FILPAS, 52, folios 381v.-382v.)

⁶⁹ MURILLO VELARDE, *Historia*, folio 364v.; IBÁÑEZ Y GARCÍA, *Historia de las Islas Marianas*, pág. 63.

rey, sin ley y sin Dios» que vivían en las cavernas de los montes, a pueblos. Había que pacificar la isla y restablecer el orden de cosas anterior a la revuelta. Los jesuitas, como agentes coloniales, fueron indispensables en la transformación del chamorro en un individuo social⁷⁰. Las autoridades civiles y eclesiásticas esperaban que la llegada de la nao de Manila les ayudara a restaurar lo perdido⁷¹.

El 15 de marzo de 1685, cuando el padre Bowens acababa de relatar lo sucedido, las autoridades locales autorizaron a los piratas ingleses John Eaton y William Ambrosia Cowley que desembarcaran en las islas Marianas, donde asolaron los pueblos chamorros y diezmaron a sus familias, abandonando la isla el 11 de abril⁷². A consecuencia de ello, el galeón *Santo Niño*, que en 1686 había de partir de Manila a Acapulco, suspendió el viaje debido a la presencia de barcos piratas en las costas⁷³. A la falta de provisiones se unió la reacción contra las reformas del sargento Quiroga, que pretendían moralizar los hábitos y costumbres de los soldados, lo que encendió los ánimos de la guarnición. En 1688, un grupo de amotinados, liderados por un criollo mexicano de nombre Manuel Salgado⁷⁴, se conjuró contra el comandante, a quien encarcelaron sin cargo alguno. La mayoría eran muy jóvenes, y no pocos ex-convictos y delinquentes procedentes de las cárceles novo hispanas, lo que representaba una clara violación de las directrices de la Corona⁷⁵. El gobernador Esplana había pasado a Manila por encontrarse enfermo de su salud⁷⁶. Durante su ausencia había nombrado al sargento Quiroga como gobernador interino, pero los jesuitas temían que la muerte del que había sido su valeroso capitán acabara con sus planes misionales. Así, el padre Bowens convenció a los revoltosos, instándoles a deponer su actitud. Finalmente accedieron a liberarlo, no sin antes señalar a los que

⁷⁰ Como señala Vitar, las crónicas jesuitas aludían a menudo a esta simbiosis del «indio bárbaro» con la «naturaleza hostil» (*Guerra y misiones en la frontera chaqueña*, pág. 96).

⁷¹ AHN, Sección Clero/Jesuitas. Legajo 93, Expediente 2, folio 11v.; AHCJC, FILPAS, 52, folio 383v.

⁷² ZAMORA, *Los indígenas de las islas Filipinas*, págs. 285-288; HEZEL, *From conquest to Colonization*, págs. 56-57; GOETZFRIDT, Nicholas J. y MURPHY, Shannon J., «John Eaton and William Cowley», 4 de marzo de 2009, URL: <<http://www.guampedia.com/category/121-adventurers/entry/449-john-eaton-and-william-cowley>>.

⁷³ MURILLO VELARDE, *Historia*, folio 345v.

⁷⁴ Según la carta que escribió el padre Lorenzo Bustillo, con fecha en Agat, 25 de diciembre de 1688, Manuel Salgado era un «hombre soberbio, mal sufrido, presuntuoso, muy inquieto, hablador, despechado, bullicioso, y siempre inclinado a hacer el mal». Era un ex-convicto que había sido condenado a galeras a las islas Filipinas, pero que en 1685 fue abandonado en las Marianas (LÉVESQUE, *History of Micronesia*, vol. 9, 1997, pág. 211-219).

⁷⁵ Como apunta Driver, «the assignment of convicts was in clear violation of a directive from the Crown» (AGN, Cédulas, Vol. 20, Exp. 45, 1684, citado en DRIVER, *Cross, Sword, and Silver*, pág. 7).

⁷⁶ Según la carta que don Gabriel Curuzéaegui y Arrida (1684-89) escribió a Carlos II, con fecha en Manila, 31 de mayo de 1688, el gobernador Esplana no tenía licencia para abandonar su puesto, por lo que fue arrestado (AHCJC, *Documentos Manuscritos Historia de las Filipinas* (FILPAS), 62, folio 60r.). Véase también DRIVER, *Cross, Sword, and Silver*, pág. 29.

habían sido responsables de la sedición, los cuales fueron deportados a las Filipinas, cargados de grilletes⁷⁷.

4. LA REVUELTA DE 1690

El 30 de marzo de 1686, Carlos II dictó una Real Cédula por la cual se otorgaba a San Ignacio de Agaña el título de *Ciudad*. Por las mismas fechas, Umatac recibió el título de Villa⁷⁸. A partir de 1688 los jesuitas trataron de apuntalar su presencia en las islas solicitando que se nombrara a uno de sus cofrades, el padre procurador Antonio Jaramillo, como primer prelado del futuro obispado de Guam⁷⁹. Sin embargo, las últimas guerras chamorras (1684), así como la revuelta de los soldados del presidio (mayo-agosto de 1688) demostraban que la misión no estaba consolidada. Para evitar el fracaso del proyecto, el viceprovincial Bowens ordenó a sus misioneros que guardaran silencio sobre la rebelión que había tenido lugar⁸⁰.

Mientras tanto, el 6 de junio de 1689 llegó la nao capitana *Santo Cristo de Burgos* al puerto de Umatac con el socorro anual.

Junto con los bastimentos, cartas y provisiones llegaron ocho nuevos religiosos jesuitas: cinco padres (Joaquín Asin, Felipe Muscati, Joseph Hernández, Johann Schirmeisen, García Salgado) y tres hermanos coadjutores (Miguel Escolano, Alonso Marín y Miguel Suazo)⁸¹. Con estos nuevos refuerzos la Compañía continuó ejerciendo la evangelización, educación y colonización convencida de haber consolidado su presencia en las Marianas⁸². En 1690 el gobernador Esplana (1690-1694) se encontraba de nuevo en las Marianas ejerciendo como gobernador, pero se encontró con un nuevo desastre. El galeón

⁷⁷ MURILLO VELARDE, *Historia*, folio 365r.; IBÁÑEZ Y GARCÍA, *Historia de las Islas Marianas*, pág. 64.

⁷⁸ DRIVER, *The Spanish Governors*, pág. 10.

⁷⁹ LÉVESQUE, *History of Micronesia*, vol. 9, 1997, págs. 162-167. Véase también HEZEL, *From conquest to Colonization*, pág. 19.

⁸⁰ Según la carta que escribió el padre Tomás Cardeñoso al padre Antonio Jaramillo, con fecha en el patache San Fernando, 30 de junio de 1688, el viceprovincial Bowens pidió a sus cofrades que hiciesen juramento de no hablar nada de lo sucedido a fin de garantizar el futuro de la misión (LÉVESQUE, *History of Micronesia*, vol. 9, 1997, págs. 175-176). El nombramiento del padre Jaramillo no se produjo, básicamente, por la escasa población del archipiélago (LÉVESQUE, *History of Micronesia*, vol. 9, 1997, pág. 203).

⁸¹ ARSI, Lorenzo Bustillos, SJ, «Relación del estado y progresos de la misión de las islas Marianas desde mayo pasado de 1689 hasta el de 1690», *Supplementum ad Historiam*, 1584-1750, Tomo 14, folio 76r.).

⁸² Contaban con quince sacerdotes, cuatro hermanos coadjutores y un hermano donado. El sínodo de los sacerdotes ascendía a 350 pesos, mientras que los coadjutores cobraban 175 pesos (AGN, México, Instituciones Coloniales, Indiferente Virreinal, Sección Filipinas, Caja 790, Exp. 021, folios 1v.-6v.).

Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza naufragó frente a la bahía de Umatac, en la isleta de Cocos, con buena parte del situado y el «socorro» de las Marianas⁸³. De acuerdo con la *Relación* que escribió el padre Lorenzo Bustillos, con fecha en San Ignacio de Agaña, 21 de mayo de 1691, no se pudieron rescatar muchos víveres, excepto «el vino y harina para el santo sacrificio y algunas otras cosas comestibles». Con ellos desembarcaron cerca de doscientas personas, entre las cuales se encontraba un grupo de franciscanos al mando del comisario fray Miguel Sánchez, y seis misioneros de la Compañía, que permanecieron en la isla de Guam mientras el resto proseguía su viaje a Manila en la nao capitana *Santo Niño*⁸⁴. Sin embargo, el contingente era tan numeroso que amenazaba con agotar las provisiones, por lo que se valieron de los recién llegados para hacer nuevas sementeras de maíz y camote. La pobreza y restricciones de la isla generaron fricciones, especialmente entre los seglares y presidiarios, los cuales sospecharon que además de utilizarlos como mano de obra, las autoridades isleñas querían reclutarlos para conquistar las islas vecinas. Temían quedarse allí para siempre sirviendo en el presidio, debido a su condición de «forzados»⁸⁵. Y no andaban muy desencaminados. La *Memoria* o *Relación* del padre José Hernández⁸⁶, escrita a finales de 1690, confirmaba que solamente Guam había sido pacificada. De las mil ochocientas personas que vivían en la isla se contabilizaban ciento ochenta españoles y filipinos⁸⁷. La llegada de estos nuevos contingentes abrió nuevas perspectivas de conquista. Los jesuitas estaban dispuestos a iniciar una nueva campaña misionera hacia las islas del Norte, pero para ello necesitaban refuerzos. Por entonces había cuarenta plazas asignadas al presidio de Guam, pero no eran suficientes⁸⁸. La mayoría de ellos no quería parti-

⁸³ DRIVER, *Cross, Sword, and Silver*, págs. 34-38.

⁸⁴ «Relación del estado y progresos de la misión y cristiandad de las islas Marianas desde mayo de 1690 hasta 1691» (AHCJC, *Documentos Manuscritos Historia de las Filipinas* (FILPAS), 64, folios 32r.-32v.); DRIVER, *Cross, Sword, and Silver*, pág. 36.

⁸⁵ Como apunta Vitar, los espacios de frontera actuaban como refugios de los marginados y prófugos del sistema colonial (VITAR, *Guerra y misiones en la frontera chaqueña*, pág. 123). De acuerdo con la *Relación de 1691*, las disposiciones reales prohibían el envío de «forzados» a las Marianas, pero lo cierto es que esa norma se contravenía. Hubo diversas conspiraciones para apoderarse del patache que llegaba de Cavite para proveer a las Marianas, pero fueron abortadas y sus instigadores, ejecutados («Relación del estado y progresos de la misión y cristiandad...». AHCJC, FILPAS, 64, folios 32v.-33v.; 35r.-41r.).

⁸⁶ El padre Hernández partió a Manila en la nao capitana *Santo Niño*, tras el naufragio de la nao almiranta Nuestra Señora del Pilar («Relación del estado y progresos de la misión y cristiandad...». AHCJC, FILPAS, 64, folio 32v.). Una traducción al inglés de dicha carta se encuentra en REPETTI SJ, W. C., «Conditions in Guam in 1690», en: ABELLA, Domingo, *Vignettes of Philippines-Marianas colonial history. Pamphlet n.º 1*, Manila, International Association of Historians of Asia, 1962, págs. 43-45.

⁸⁷ REPETTI, «Conditions in Guam», pág. 44.

⁸⁸ El gobernador Antonio Saravia escribió al rey solicitándose que acrecentara el presidio con otras noventa plazas, las cuales se añadirían a las cuarenta existentes, sumando un total de ciento treinta plazas que obtuvo según la Real Cédula del 29 de septiembre de 1690 («Carta del padre

cipar, sino continuar su viaje a las Filipinas. El aislamiento, la pobreza del lugar y la disciplina del presidio exacerbaron los ánimos de los convictos. Un grupo de ochenta sediciosos urdieron un plan para apoderarse del balandro o patache cuya llegada estaba prevista a primeros de agosto de 1690, así como de las armas, municiones y pertrechos que traía. Con ello pretendían asaltar el presidio, matar al sargento mayor y a todos los que se opusieran a su salida de la isla. Los jesuitas, ajenos a la conspiración, se preparaban para celebrar la fiesta de Santa Rosa y agasajar a los marineros del patache *San Gabriel*. Pero los acontecimientos tomaron un giro inesperado.

El 20 de agosto, diez días antes de la festividad de Santa Rosa, lo avistaron frente a las playas de Umatac. Los fuertes vientos impedían su desembarco, y durante dos días las campanas de las iglesias de Guam repicaron sin cesar para interceder por los marineros de la fragata. El vendaval arreciaba con tal fuerza que la nave acabó alejándose de las islas. Cundió el pesimismo, y a pesar de las plegarias, misas y sermones, las celebraciones fueron canceladas. Mientras tanto, los conjurados decidieron continuar con sus planes de saquear las iglesias y apoderarse del presidio. Asimismo, acordaron que ninguno de ellos iría a la iglesia a confesarse, temiendo que los religiosos descubrieran la conspiración. Pero el viernes 8 de septiembre, dos de los sublevados, rompiendo el pacto, acudieron a confesarse ante un jesuita, declarando que se preparaba una gran sublevación. El religioso comunicó la noticia al sargento mayor quien a su vez informó de todo ello al gobernador Esplana. Al día siguiente, los cabecillas, ajenos a lo que estaba sucediendo, se acercaron a la iglesia para entregarle un *Memorial* en el que describían sus pretensiones de apoderarse del patache que traía el «socorro» anual y de partir a las Filipinas⁸⁹.

Entretanto, llegó el gobernador con una fuerza militar que redujo a veinte de los conspiradores y a sus líderes. El día 10 de septiembre les formó un proceso de guerra en el que confesaron sus intenciones. Se les sentenció a ser arcabuceados, y a la mañana siguiente, después de haberles administrado el viático, fueron conducidos a la playa en pública concurrencia. En palabras del padre Bustillo,

«y allí, en sendos troncos de palmas puestos en hileras, fueron arcabuceados. Después de ajusticiados estos once, metieron otros nueve en capilla, y administrados también con los santos sacramentos de la penitencia y eucaristía pasaron por el mismo suplicio a las siete de la mañana del día 12 de septiembre en otros nueve

Lorenzo Bustillos al General Tirso González», con fecha 14 de abril de 1702 (folios 326r.-326v.). «Reparos sobre el arbitrio y lo imposible de su ejecución», con fecha 10 de abril de 1702 (ARSI, tomo 13. *Litterae Annuae Philipp. 1663-1734 [etiam de Insuli Marianis]*, folio 327r.). Sin embargo, las plazas fueron aumentando progresivamente, y en 1693 había solamente sesenta infantes, con un sueldo de 315 pesos cada uno (AGN, México, Instituciones Coloniales, Indiferente Virreinal, Sección Filipinas, Caja 790, Exp. 021, folios 1v.-6v.).

⁸⁹ «Relación del estado y progresos de la misión y cristiandad...». (AHCJC, FILPAS, 64, folios 33r.-38r.). Véase también MURILLO VELARDE, *Historia*, folio 365v.

troncos de palmas, con que quedó coronada esta playa de Agaña con estos veinte ajusticiados todos puestos en hileras para eterno escarmiento de tan horrenda maldad como querían ejecutar, la cual ellos todos reconocieron por tal»⁹⁰.

De nuevo, la sangre se vertió en las playas de Guam. Muchos jesuitas y sus auxiliares habían sido martirizados en las Marianas y sus cuerpos arrojados al mar. Esta vez no fueron los «bárbaros chamorros», sino los «malos españoles» quienes se rebelaron contra las autoridades civiles y eclesiásticas. Tanto unos como otros pagaron con la vida su resistencia al orden colonial. Los vientos y huracanes, en otro tiempo portadores de desgracias, protegieron a las Marianas de la «diabólica conjuración» que se había orquestado para apoderarse del patache. Tras la última de las ejecuciones, los vendavales amainaron, permitiendo al balandro que navegaba por el otro lado de la isla avistar finalmente la bahía de Umatac. La Divina Providencia parecía guiar sus acciones. Poco después, con el piloto mayor, don Juan Quintero, desembarcaba el jesuita Juan Sermeisen y la mayor parte de las provisiones que traía la nao capitana *Santo Niño* y que no pudieron descargarse, lo que fue celebrado con gran júbilo por los habitantes de la isla⁹¹.

El 24 de septiembre, las calles de Agaña se cubrieron de arcos triunfales de palmas y guirnaldas para conmemorar la fiesta de Santa Rosa, titular del partido de Agat, a la que asistieron, entre otros, el gobernador Esplana, el sargento mayor Quiroga, el reverendo comisario fray Miguel Sánchez y los franciscanos. Para los jesuitas fue una gran victoria. No se podía permitir que aquellos soldados que supuestamente debían proteger la misión fueran sus principales enemigos. Ejecutados los principales instigadores, había que consolidar la obra iniciada en 1668 por Diego Luis de San Vitores. Después de siete años de guerras interminables, los «enemigos de la fe» parecían haber sido completamente derrotados. La cultura chamorra parecía haber adoptado los rituales católicos en su vida cotidiana. En efecto, en 1690 las sementeras de Antonio Etaquí, uno de los hombres de confianza de Hineti, sufrieron una plaga de ratones. Una calamidad de carácter bíblico que se vinculaba a la influencia del Diablo y que provocaba la enfermedad y la muerte. Para remediar sus efectos nocivos no recurrió a los poderes de un chamán, sino a los de un jesuita, con el fin de que conjurara el peligro mediante la cruz. En efecto, el padre ordenó levantarla en medio de los cultivos mientras los presentes, de rodillas y en voz alta, hacían acto de contrición. Tras rociar la tierra con agua bendita, los nativos lo seguían en procesión rogativa rezando el rosario. Finalmente, la plaga cesó, lo que demostraba el poder taumatúrgico de las imágenes cristianas y de sus sacerdotes⁹².

⁹⁰ «Relación del estado y progresos de la misión y cristiandad...» (AHCJC, FILPAS, 64, folio 41v.). Véase también MURILLO VELARDE, *Historia*, folio 365v.

⁹¹ «Relación del estado y progresos de la misión y cristiandad...» (AHCJC, FILPAS, 64, folios 45v.-46r.).

⁹² «Relación del estado y progresos de la misión y cristiandad...» (AHCJC, FILPAS, 64, folios

Pero todavía existían focos de resistencia en las islas vecinas. Se trataba de apóstatas enemigos de la fe «que no cesaban de perseguir con la mayor rabia que pueden las reliquias, que de ellas hay en esta isla de San Juan, pretendiendo arrancarlas de cuajo y que no queden rastro de ellas». La isla de Guam aparece así como «productora de reliquias», y los jesuitas como sus productores — y protectores— naturales, confirmando la vocación de martirio que guiaba sus acciones⁹³. A finales de 1690 proclamaron el jubileo de dos nuevas misiones dirigidas a pacificar las islas del Norte, donde todavía había guerras y sublevaciones que podían amenazar la misión⁹⁴. Ello obligó al gobernador Esplana, muy a su pesar, a encabezar en marzo de 1691 una expedición compuesta de tres pataches, 120 soldados y dos jesuitas (los padres Tomás Cardeñoso y Matías Cuculino) que acabó regresando a Guam sin haber conseguido sus objetivos. Este fracaso fue criticado por los jesuitas, quienes dejaron entrever el escaso interés del gobernador en las tareas misionales⁹⁵. Mientras tanto, las autoridades civiles y eclesiásticas concentraron a todos los nativos en las islas principales, por todo lo cual recibieron una ayuda económica de la Corona⁹⁶.

5. EPÍLOGO

Tras la muerte del gobernador Esplana el 16 de agosto de 1694, don Fausto Cruzat y Góngora, gobernador general de las Filipinas (1690-1701), escribió una carta al rey, con fecha en Manila, 30 de mayo de 1696, en la que reco-

58r.-59r.). Sobre las continuas epidemias de ratones que assolaban los campos chamorros, véase DELGADO SJ, Juan José, *Historia General Sacroprofana, política y religiosa de las islas del Poniente llamadas Filipinas. Parte Primera. Libro I*, Cap. 33, folio 120r.

⁹³ «Relación del estado y progresos de la misión y cristiandad...» (AHCJC, FILPAS, 64, folio 46v.). Las reliquias eran preciados tesoros que había que proteger. El 9 de junio de 1687 el padre Diego de Zarzosa, que desde 1685 se encontraba en Manila, certificaba la autenticidad de una de ellas: el cráneo del padre Manuel de Solórzano, exhumado después de su trágica muerte a manos de los rebeldes chamorros el 23 de junio de 1684 (LÉVESQUE, *History of Micronesia*, vol. 9, 1997, págs. 53-54).

⁹⁴ «Relación del estado y progresos de la misión y cristiandad...» (AHCJC, FILPAS, 64, folio 46v.).

⁹⁵ «Relación del estado y progresos de la misión y cristiandad...» (AHCJC, FILPAS, 64, folio 63v.). Ciertamente, el gobernador Esplana no estaba muy interesado en la pacificación o evangelización de las islas, sino más bien en negocios particulares que tenían que ver con el establecimiento de una flota comercial que le diera acceso a los mercados en Manila (Charles le Gobien, citado en HEZEL, *From conquest to Colonization*, págs. 4-5). Como ha señalado Brunal-Perry («Las islas Marianas enclave estratégico...», págs. 550-551), esta operación no se regularizó hasta 1683. El patache *San Gabriel* zarpaba desde Cavite con las provisiones para el presidio y la misión de las Marianas y llegaba al fondeadero en el sur de la isla de Guam.

⁹⁶ En 1687, los jesuitas habían recibido un subsidio de 22.000 pesos para sufragar los gastos de la escuela de San Juan de Letrán, en Guam, así como el destacamento militar asignado a las islas (DE LA COSTA, *The Jesuits in the Philippines*, pág. 439).

mendaba a don José de Madrazo como gobernador de las Marianas⁹⁷. Según la Real Cédula del 30 de marzo de 1686, en caso de vacante el cargo de gobernador interino correspondía al sargento mayor don Joseph de Quiroga hasta que se nombrara sucesor⁹⁸. Gobernó hasta el 26 de julio de 1696, cuando el patache que traía al gobernador Madrazo arribaba al puerto de Merizo⁹⁹. Sin duda los jesuitas se sintieron decepcionados. Era de sobra conocido que el gobernador Esplana actuaba como prestamista con el dinero del situado, entregando diversas cantidades con elevados intereses que le reportaban pingües beneficios. En 1696, con la liquidación y auto de todos los bienes del finado, el fraude se acabó descubriendo¹⁰⁰.

La primera actuación del gobernador Quiroga fue encabezar una nueva campaña punitiva y apostólica (septiembre, 1694-abril, 1699) con el fin de pacificar a los chamorros de Rota, Saipán y Tinian¹⁰¹. A finales de septiembre de 1694 se dirigió a Rota con una fragata y veinte canoas. Lo acompañaba el jesuita Basilio Roux (conocido como Roulso), quien bautizó a más de ciento cincuenta niños. Al no encontrar resistencia, se dirigió a Tinián, donde la mayoría de sus habitantes se habían fortificado en la pequeña isla de Aguiguan. Allí Quiroga hizo nuevamente gala de su habilidad como estratega y hombre de armas. Al haberse retirado a los montes, los españoles sólo podían acceder a través de dos desfiladeros. El sargento dividió la tropa en dos, mientras un pequeño grupo, comandado por el capitán Nicolás Rodríguez, los hostigaba por la parte de Poniente. Finalmente, los chamorros se rindieron y fueron reducidos, junto con los pocos que habían quedado en Tinián, a la isla de Guam, donde serían instruidos y educados en la fe cristiana¹⁰².

Movidos por el deseo de pacificar definitivamente las islas Marianas, Quiroga y sus hombres se dirigieron a las islas del norte. Partieron el 3 de febrero de 1695, hasta que, obligados por un temporal, regresaron a Rota. Las *Relacio-*

⁹⁷ El gobernador Cruzat recomendó, en primer lugar, al alférez y capitán de infantería don José Madrazo, seguido del General don Juan de Morales Valenzuela y del también alférez y capitán don Pedro de Arias. En último lugar señaló a don Joseph de Quiroga, quien, en su opinión, «aunque es persona de calidad y de ejemplar vida, y que hace muchos años que sirve en ella, *no es a propósito para mandar sino sólo para obedecer*» (AHCJC, FILPAS, 64, folio 297v. El énfasis es mío). Según la Real Cédula del 30 de marzo de 1696, al gobernador de las Marianas le correspondían 100 escudos de plata al mes, mientras que al sargento mayor, 55 (AHCJC, FILPAS, 65, folio 108).

⁹⁸ AHCJC, FILPAS 64, folios 297r.-299v.

⁹⁹ «Carta del gobernador interino de las Marianas, don José de Madrazo a Carlos II. Da cuenta de su llegada y del estado que encontró las islas y lo ejecutado por su mandato», con fecha en San Ignacio de Agaña, 10 de octubre de 1696 (AHCJC, FILPAS, 65, folio 67r.). Véase también DRIVER, *Cross, Sword, and Silver*, pág. 44.

¹⁰⁰ AHCJC, FILPAS, 64, folios 296r.-303v. y 336r.-413v.; DRIVER, *Cross, Sword, and Silver*, págs. 40-45.

¹⁰¹ IBÁÑEZ Y GARCÍA, *Historia de las Islas Marianas*, pág. 65; ASTRAIN, *Historia*, tomo VI, 1920, págs. 832-33; HEZEL, *From conquest to Colonization*, págs. 7-13.

¹⁰² ASTRAIN, *Historia*, tomo VI, 1920, pág. 833.

nes de los dos jesuitas que acompañaron a Quiroga informan de que volvieron a intentarlo el 23 de marzo, de modo que en 1697 las Marianas fueron completamente «reconquistadas» y sus habitantes, pacificados. Pero las autoridades políticas y eclesiásticas decidieron reducir la población chamorra de las islas del norte a las tres islas principales de Guam, Rota y Saipán. Fue en 1699 cuando el gobernador José de Madrazo comisionó al capitán Sebastián Ruiz Ramón para la empresa, que se prolongó durante cuatro meses¹⁰³. Una vez aceptada la *Pax Hispánica* con la conversión, los nativos quedaron definitivamente bajo el control de trece sacerdotes jesuitas, cuatro hermanos coadjutores y un donado. En Guam los mantuvieron reducidos en cinco pueblos: San Ignacio de Agaña, Santa Rosa de Agat, Umatac (o Tumataga), Santa Purísima Concepción de Pago y San Antonio de Fina, auspiciados por los militares del presidio¹⁰⁴, quienes se esforzaron por convertir la isla en un modelo de colonia española. Fundaron congregaciones, parroquias y escuelas para reducir a los nativos y atraerlos a la fe cristiana¹⁰⁵. Hubo, sin embargo, muchos que regresaron a sus islas, lo que motivó que el gobernador organizara una nueva expedición compuesta de doce soldados españoles y un elevado número de chamorros fieles al mando del capitán Sebastián Ruiz, con el fin de reducirlos nuevamente a la isla de Guam. Pero la situación distaba mucho de ser tan idílica como la representa el padre Astrain¹⁰⁶. El descenso demográfico, motivado por las enfermedades (1700), los desastres naturales (tifones en 1671 y 1693), las continuas guerras y las migraciones, provocaron que en 1710 se contabilizaran poco más de tres mil indios chamorros¹⁰⁷. ¿Fue su aniquilación la condición necesaria para erigir la nueva sociedad colonial del siglo XVIII? En cualquier caso, el colapso demográfico no pasó desapercibido en la corte española. El 17 de diciembre de 1714, el fiscal respondía a la carta del sargento mayor José Quiroga, con fecha en Agaña, 14 de mayo de 1709, en la mostraba su preocupación por la violencia ejercida co-

¹⁰³ ASTRAIN, *Historia*, tomo VI, 1920, pág. 834; DRIVER, *Cross, Sword, and Silver*, págs. 44-45.

¹⁰⁴ La fortaleza-presidio *Santa Guadalupe* fue destruida en 1693 por un tifón, por lo que tuvo que ser reconstruida (BRUNAL-PERRY, Omaira, «Los misioneros españoles en las Marianas», en: GALVÁN GUIJO, Javier (comisario), *Islas del Pacífico: el legado español*, Madrid, Ministerio de Educación y Cultura, 1998, pág. 99.

¹⁰⁵ «Relación del estado y progresos de la misión y cristiandad...» (AHCJC, FILPAS, 64, folios 48r.-65r.). Véase también HEZEL, *From conquest to Colonization*, pág. 24.

¹⁰⁶ ASTRAIN, *Historia*, tomo VI, 1920, págs. 831-35.

¹⁰⁷ DELGADO SJ, *Historia General Sacroprofana*, folio 119r.; ASTRAIN, *Historia*, tomo VII, pág. 762; THOMPSON, «The Native Culture of the Marianas Islands», pág. 3. Según algunas estimaciones, en 1668 la población de las Marianas ascendía a 26.000 habitantes. Sólo en Guam vivían unos 12.000 chamorros. Richard J. Shell considera que la población había descendido gradualmente desde principios de siglo, pasando de 60.000 (1602) a 26.000 nativos (1668), probablemente víctimas de las enfermedades que llegaron con los naufragios de 1568, 1600 y 1638 (SHELL, Richard J., «Notes and Documents. The Ladrões Population», *The Journal of Pacific History*, 36, vol. 2 [2001], págs. 225-236). Abella comparó este colapso demográfico con el que ocurrió en las Antillas a principios del siglo XVI (ABELLA, *Vignettes of Philippines-Marianas*, págs. 4-7).

ntra los «apóstatas y rebeldes o sublevados», recomendando que se «llevara siempre por delante los medios suaves y pacíficos y sin apartarse de ellos en cuanto permitiere la posibilidad»¹⁰⁸.

Recibido: 10-09-2009

Aceptado: 25-03-2010

¹⁰⁸ LÉVESQUE, Rodrigue, *History of Micronesia. A Collection of Source Documents*, vol. 11, Québec, Lévesque Publications, 1998, pág. 49.